

y no pudiendo conseguirlo estando encerrados, quieren abrirse paso por las rocas que los sujetan, de donde resultan las oscilaciones y vaivenes violentos, esto es los temblores; fenómeno triste para la especie humana, contra el que las ciencias naturales no han encontrado aun defensa alguna poderosa y cuyos efectos son tan terribles como instantáneos.

No hay términos con qué explicar cuán funestas son semejantes explosiones. Entre todas las catástrofes que desolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora, y que haga mas inútil cualquiera precaucion ó esfuerzo humano. Cuando los rios salen de madre inundan las casas y sumergen las provincias, todavía queda algun recurso al desgraciado labrador, porque puede refugiarse á los montes, ú oponer diques al furor de las aguas; pero en un temblor de tierra toda vigilancia es superflua y no basta precaucion alguna. El rayo nunca ha consumido lugares ni provincias enteras; la peste puede es verdad despoblar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero la calamidad de que hablamos se estiende con un poder irresistible por todo un pais, nada la detiene y sepulta pueblos y reinos enteros sin dejar casi rastro de sus ruinas.

¡Quién podrá subsistir delante del Todopoderoso cuando manifiesta todo su poder, y quién le hará resistencia cuando se levante para juzgar á las naciones! La tierra tiembla y se conmueve á su presencia: los cimientos de los montes se trastornan y estremecen cuando se enciende su indignacion. Su furor se esparce como un fuego, hace que se derritan los peñascos y reduce á la nada todo cuanto es objeto de sus justas venganzas. Preciso es reconocer que sus altos juicios son tan rectos como incomprendibles.